

LA BODA DE LA NIÑA Y EL VERSO

Oyendo a Meira

Era una niña azul

enamorada del mar.

¡Cuán grata su amistad!

¡qué grato su recuerdo!

En su voz

escucho pájaros,

gaviotas,

notas de piano,

rumor de violetas

y suspiros;

camino paisajes

de tenues neblinas,

y espigas amorosas.

¡Ah! sus versos:

sollozos y deseos,

miradas

complacidas

en la distancia

indefinida.

***La niña azul
de la ventana mira
en lontananza.***

¿Quién construye

el amor

con la palabra?

¿Quién lo encuentra

con nombrarlo?

¿Cuál presencia?

Sueño, anhelo,

levedad,

y bruma.

¿Qué figura haciéndose

junto al piano?

¿Quién?

¿Quiénes?

¿Qué dialogan?

Niña del patio florido:

azulinas y geranios;

novios encarnados.

Y adentro,

silueta del callado

nombre,

copa vacía que bebió

el silencio;

poema perdurable

que apenas insinúa

un pensamiento;

finas manos habladoras

trazan signos,

dialogan con el universo,

y la impalpable compañía

del jacinto y el beso;

la certeza

de sus sentimientos.

Sobre el mueble,

la rosa;

y en las manos,

copiados los gestos;

el corazón abierto,

la vida brotando;
¡todo es bello y va muriendo!

Dulce canción
de las flores
del jarrón
-brevidad de un perfume
sugerente,
en la suave
penumbra crepuscular;
cálida nota
que acompaña
a la casi imperceptible
caída de los pétalos,
a la sonrisa
yendo hacia la tarde,
en el mar, al ocaso;
o en la montaña;
a las aves
que pasan etéreas
rozando el alto cielo.

La niña azul

en su cuaderno

escribe.

¿Dónde la presencia?

¿En el recuerdo?

¿En la ilusión?

¡Oh! Inventario

de los pasos

sucesivos:

libretas, cartas, cajones,

tréboles, pensamientos,

relicarios...

¿Nota de violín

o ruego?

¿Qué palabra?

¿Luna? ¿Amor?

Murmullos...

¡Nunca olvido!

Para recordarla

digo viento, ola y ola,

arenas...

¡Barranquilla!

***¡Ah! la rosa azul
en la playa de luna;
el fuego tenue.***

¿De dónde este susurro,
siendo grito?

¿De qué dolor?

¡De la guerra que la trajo
y que no cesa!

De los navíos
que discurrieron presentes
tormentosos.

Meira cuenta

lejanas arenas
teñidas de rojo;

historias de dunas
y palmeras.

Y en la ruta
de las estrellas,
la dicha perdida
se golpea

contra los acantilados,
donde espuman
los recuerdos,
y se rompe conmovida
el alma
en la tristeza.

***Niña de la dulce voz,
embarazada de ternura.***

Aun llega su acento
entre la niebla;
las conchas
permanecen atentas
a las voces descalzas
de sus pies
-casi sin huella- delicados.
Sonetos y gazales
cantan los encuentros
-melancolía de su entrega
a la amistad, a la soñada
fantasía de las rimas.

***¡Ah! Celebración
de la niña -boda
del verso con la vida.***

Sus ensueños
estaban en la llama
azul de la ilusión,
de la añoranza;
abrazaba la silueta,
llegaba al horizonte,
al eco,
a las campanas,
revoloteaba y partía
con las golondrinas.
Suavidad de brisa;
apacible melancolía.

***Expectante y contenida,
como avecilla
que va a alzar el vuelo.***

Inquiría a los arcanos
misterios,
pero, ¿qué sabe

la arcilla
de sí misma?
Su dulce mirada
iluminaba la duda
-frágil de desvelos-;
multiplicaba la caricia
en las palabras
-heridas de ausencias
y nostalgias-;
encendía la alegría,
resistía a la amargura,
tejía el encaje de espumas
de su melodía,
en las amables páginas
de las frescas
mañanas hogareñas.

Niña de cantos

valientes, y elegías;

¡Ay!, y de cumplidas sentencias...

Suyas fueron, también,
las dolorosas cenizas

ancestrales,
cuyo rescoldo
ardía entre sus letras,
mas se redimía
en el canto.

Una estrella graba su luz
en la dúctil roca
de la página,
recita la corriente, el número,
la transformación de las cosas
-aun junto al mar,
sin sal
en las lágrimas.
Sabiduría
-serena manera
de esperar.

La niña del alba

vuela,

deja una estela.

¡Ay! el oleaje

de los siglos
llega a la frente
de donde zarpan
veleros;
las gaviotas chillan
y revolotean;
los peces burbujan
zarabandas de mensajes.

Una rama cruza la luna
en la vaga sensación
de la playa.

¡Maravilla de la noche!

Aroma de jazmín
perfuma su sentida
presencia,

hermana de los cedros.

¡Oh! alegría

por la que mora

en el arte.

Era su modo de ser,
dulce sosiego inquieto,

bondad en la sonrisa,
veleros en la bahía
de sus ojos;
huerto y jardín
en el cuaderno
de sus versos;
alma de luz.

Conocí su rostro en paz,
su delicado paso,
su búsqueda transparente,
su timidez,
su matizada voz,
su creación prodigiosa,
complemento del génesis
-poesía-,
suave mirada de luz,
en el eterno
resplandor del día.

En sus cinco letras
canta el mar,

y alto el verso
-un lucero
en la infinita
vastedad-,
nos invita
a confiar y soñar.

Meira:

ya te fuiste, es cierto;
pero, ¡cuánto nos diste
en esta vida!
A ti no te alcanzará
el olvido
y siempre cantarán
tus olas y tus versos.

Javier Tafur González

Cali, Enero/ 2011